

**Paul Kurtz**

# **EL SIGNIFICADO DE LA VIDA**



*Una ética sin Dios*

**Fuente:**

[Biblioteca Escéptica](#)

Biblioteca Virtual  
**OMEGALFA**  
2010

## Ética sin Dios

¿Tiene la vida significado genuino para quien rechaza la mitología sobrenatural (o la ideología marxista)? ¿Se puede lograr una vida significativa si se abandona la fe en la inmortalidad o la providencia? ¿Es la vida trágica por que es finita? Puesto que con seguridad la muerte nos aguarda a todos, por lo tanto, ¿es absurda la vida?

(En respuesta, el marxismo religioso busca revestir al vacío cósmico con un propósito histórico. La humanidad es más grande que cualquier individuo y proporciona al individuo una amada causa). Encarado con este dilema existencial, el hombre grita, «¿Por qué la vida?» ¿Podemos ser felices? ¿Hay una base para la conducta moral? ¿Qué podemos hacer si Dios esta muerto, si no hay alma inmortal, si no hay propósito inmanente en la naturaleza?

Es importante que nos centremos en el así llamado problema del significado de la vida como es planteado por el teísta (el humanista al menos comparte con el marxista la asunción que la vida es valiosa de vivirse). En respuesta al teísta, podemos decir que la pregunta existencial, como la plantea, es equivocada. No debemos conceder al creyente religioso la validez de su desafío. En cambio debemos preguntar si la vida tiene realmente sentido para él. ¿El no se miente a sí mismo al plantear la paradoja teológico-existencial y al asumir que sólo un propósito «más amplio» podrá salvarlo? ¿No es el teísta quien desperdicia su vida? ¿En qué sentido la vida sería valiosa si Dios existiera, si el universo tuviera un propósito divino que hubiera dado la existencia del «mal»?

La concepción de un Dios omnipotente connota la noción correlativa de criaturas desamparadas. «El principal fin del hombre», aconseja el catecismo breve escocés, «es glorificar a Dios y disfrutar de él por siempre». ¿Qué clase de vida puede decirse que sea

significativa si somos totalmente dependientes de este Dios para nuestra existencia y sustento? La relación del creador con el creado es análoga a la del amo con el esclavo. El cuadro religioso del universo es semejante a una prisión modelo en donde los presidiarios están sujetos al alcaide para su pan de cada día y su mayor deber es elogiarlo y suplicarle por su vida. El mito de la inmortalidad nos advierte que si no juramos fidelidad a Su voluntad, sufriremos condenación. ¿No es preferible la vida de un hombre libre e independiente a una de bondad eterna?

No, responde el creyente a esta pregunta escéptica. Dios promete salvación eterna, no opresión, para los elegidos. Pero, ¿bajo qué condición? Como ha dicho Bertrand Russell, cantar himnos para Su alabanza y estar cogidos de las manos por toda la eternidad sería puro aburrimiento. ¿Qué hay de los deseos del cuerpo, los disfrutes de la carne, la excitación y el alboroto del placer y la pasión -¿serán estos derrotados en la vida inmortal? Para el hombre libre, el infierno no podría ser peor.

El creyente religioso insiste que el hombre es libre: porque ha sido creado a la imagen de Dios, y es capaz de escoger entre el bien y el mal.

El problema, sin embargo, es que sólo si escoge obedecer a su amo será recompensado con vida inmortal. Pero el problema del mal cambia este eterno drama en una divina comedia: Dios me confió el poder y la libertad de elegir, no obstante Él me castigará si me aparto de Él. ¿Por qué no me programó durante el acto de la creación, de tal manera que no pudiera evitar conocerlo y seguir Sus lineamientos? Ya que Él fue quien me creó, ¿por qué me condena por satisfacer mis inclinaciones naturales, las cuales Él implantó en mí? ¿Por qué Dios permite el sufrimiento y el dolor, el tormento y la tragedia, la enfermedad y la lucha, la guerra y el pillaje, el conflicto y el caos? "Para probarlos" responde el teísta. Pero, ¿por qué la necesidad del juicio, con tanto deseo aparente de venganza? "Para castigarnos por los pecados que hemos cometido". Si este es el caso, ¿por qué castigar al inocente? ¿Por qué derribar a los aparentes dechados de virtud, a los esforzados y a los nobles? ¿Por los pecados que cometieron pero de los que pudieron ser inconscientes? ¿Por qué visita el dolor y tormento a los infantes y niños -

como en el cáncer o los accidentes? ¿Están pagando por los pecados de sus padres? Si es así, ¿no es ésta una modalidad de culpa colectiva? Quien cree en la reencarnación puede intentar salvar el caso insistiendo en una existencia anterior. Posiblemente a los niños se les hace pagar por los pecados que han cometido en una vida anterior, sin embargo como niño enfermo se retuerce y grita, no recuerda esas existencias anteriores -como un Calígula o un Hitler- por las cuales sufre ahora.

La racionalización continúa: tal vez el mal se deba a la omisión del hombre, no a la comisión de Dios. El hombre debe descubrir una cura para el cáncer, por ejemplo, o aprender a detener las inundaciones. Pero si Dios es todo todopoderoso, ¿por que no interviene? No existe el mal natural, dicen algunos teístas, intentando resolver el problema; el único mal es «el mal moral», afirman, la maldad del hombre, no Dios. Pero la inferencia ineludible es que Dios permite el mal. ¿Por qué no acaba con ello? ¿Por que Dios no debe ser misericordioso y amoroso antes que legalista y moralista? ¿Es Él, como sugiere Hume, como nosotros: limitado en poder? Entonces, ¿por qué adorar a otro ser finito?

Algunos teístas insisten que el mal puede solamente ser una ilusión y que desde una perspectiva mayor lo que parece ser malo puede convertirse al final en bueno. En el plan divino total, el dolor y el sufrimiento no necesariamente son malos. ¿Por qué no es verdad lo contrario? Desde este punto de vista, lo que parece ser bueno también puede ser sólo una ilusión, y todo al final irremediabilmente malo.

Así, el creyente ha entrelazado una caprichosa estructura mediante la imaginación mitológica a fin de apaciguar su temor a la muerte y consolar a aquellos que comparten su ansiedad. La suya es una racionalización *ad hoc* que profesa sus dudas; pero está dominada con evasivas más enigmáticas que el universo con que nos encontramos en la vida diaria.

Los creyentes finalmente conceden que hay cosas -desde el Libro de Job hasta el presente- más allá del entendimiento humano; éstas incluyen la paradoja del libre albedrío contra el determinismo y el problema del mal. Incapaces de resolver la contradicción, terminan con la simple confesión de fe.

¿No debemos tratar con la vida como la encontramos -llena de pena, muerte, pena y fracaso- pero también impregnada de posibilidades?

Pero, insiste el creyente, el hombre no puede ser feliz si sabe que está yendo a la muerte y que el universo no posee más propósito.

### **¿Qué es la felicidad?**

¿Requiere del consentimiento del otro, dependencia de un ser superior, fe y devoción religiosa, credulidad y piedad? ¿Por qué es el masoquismo religioso una forma de bienaventuranza? Puede liberarnos del tormento y la ansiedad, pero involucra la huida de la total realización de nuestros poderes. No sólo, por lo tanto, el teísmo religioso fracasa en dar sentido a la vida, sino que también fracasa como fuente de felicidad. Frecuentemente ha exagerado más la patología del temor, la ansiedad del castigo, el pavor a la muerte y lo desconocido.

El creyente se atormenta por su sobre extendido sentido de pecado y culpa, desgarrado por la lucha entre los impulsos biológicos naturales y los mandamientos divinos represivos. ¿Puede un creyente religioso que sostiene una doctrina del pecado ser verdaderamente feliz? Para el humanista la gran locura es malgastar su vida, perderse lo que ella proporciona. Los cementerios están llenos de cadáveres que permutaron sus almas en anticipación a las promesas que nunca fueron cumplidas.

Pero, ¿puede uno realmente ser «moral», objeta el teísta, sin creencia religiosa? ¿Somos capaces de desarrollar «virtudes morales» y sentido de responsabilidad sin una creencia en Dios como presuposición de moralidad?

Las repuestas dependen en parte de lo que significa el término «moral». La moralidad para el creyente requiere de la existencia de una fe, una apreciación piadosa del poder redentor de Dios. Esto involucra las «virtudes» de conformismo y obediencia, así como la supresión de los deseos naturales biológicos, incluyendo la apreciación de la sexualidad -e incluso algún grado de autodesprecio-. Sin embargo, los humanistas rechazan que la mayoría de las así llama-

das virtudes morales del teísmo tradicional sean morales o virtuosas. Las virtudes superiores reposan en que el hombre exista para sí mismo: el propio interés, el propio respeto, el orgullo, algún elemento de autoconcentración son componentes esenciales de la moralidad que, en último análisis, se centra en la felicidad. Siendo este el caso, es posible ser «moral» sin creer en Dios.

Pero, pregunta el teísta, si Dios está muerto, ¿no está permitido todo? ¿No sería el hombre un ser rapaz y abusaría de su prójimo? ¿Cómo, sin Dios, podemos garantizar caridad y justicia? La hermandad del hombre presupone una concepción divina de dignidad individual basada en la paternidad de Dios. Abandonar este postulado de la vida moral sería reducir a los hombres a cazador y presa y abrir el camino a toda forma de barbarie.

Estas son preguntas básicamente empíricas. No hay conexión lógica entre la paternidad de Dios y la hermandad del hombre. Una iglesia jerárquica ha defendido una sociedad desigual con clases sociales estrictas y privilegios. La simpatía moral no depende de la creencia teísta. Las Cruzadas y la Inquisición, la masacre de los Hugonotes, la matanza entre musulmanes e hindúes en los tiempos modernos, las luchas entre católicos y protestantes, como en Irlanda del Norte, están entre las crueldades perpetradas por los teístas. Además, la creencia en Dios a menudo desvía el interés por nuestro prójimo hacia metas sobrenaturales; la fe reemplaza la caridad. Si el interés de uno es la otra vida, entonces existe la tentación para algunos -aunque no todos- de entregar al César las cosas que son del César. Las iglesias han tenido poca dificultad en suprimir el progreso y la revolución. Franco y Salazar fueron verdaderos creyentes, como lo han sido los hombres poderosos de los regímenes autoritarios de Sudáfrica, Grecia, Portugal y Paquistán. La devoción religiosa no es garantía de devoción moral. Más bien, hay buena evidencia que el interés moral sea autónomo y esté enraizado en experiencia fenomenológica independiente.

La historia de la humanidad demuestra que los ateos, agnósticos y escépticos han estado tan motivados por la consideración moral por otros como lo han estado los creyentes. Marx, Engels, Russell, Mill, Dewey y Sartre tuvieron profundo y permanente interés en el bienestar de la humanidad y no dependieron de la fe religiosa para

reforzar su moralidad. Por el contrario, demostraron que la moralidad fundamentada en la experiencia humana y la razón es una guía mucho más confiable para la conducta.

### **¿Es la vida valiosa de vivirse?**

Hay otras fuentes de desesperación. Tengo en mente la «condición existencial» causada por las dificultades, fracasos y conflictos desesperantes y algunas veces trágicos. Hay momentos en que todo parece carecer de significado; deseamos abandonar todos nuestros compromisos; incluso podemos contemplar el suicidio en crisis profundas de propia incertidumbre y frustración. Podemos preguntar: ¿Por qué golpearnos la cabeza contra un muro de piedra? ¿Cuál es su utilidad?

En algún punto de la vida muchos de nosotros hemos suspendido los deseos, intereses e ideales, debido a la muerte de una persona amada, un amigo o pariente apreciado, sufrimiento personal intenso, una enfermedad, la derrota del propio país, el fracaso, el engaño descubierto, la injusticia perpetrada. Los jóvenes agobiados con la elección de su carrera, los de edad mediana que encaran el divorcio o la ruina financiera, los mayores que resisten el dolor de la soledad: todos conocen momentos de desesperación.

Sin embargo, a pesar de las adversidades y frustraciones, el humanista sostiene como su primer principio que la vida es valiosa de vivirse, al menos que puede hallársele valiosa. ¿Se puede demostrar por qué el principio debe prevalecer? ¿Por qué expresar el coraje de ser? ¿Por qué no morir? ¿Por qué la vida en lugar de la muerte? Si vamos todos a morir algún día, ¿por qué aplazar lo inevitable?

Uno no puede «probar» que la vida debe existir, o que el universo con seres sensibles es un mejor lugar que uno sin ellos. El universo es neutral, indiferente a los anhelos existenciales del hombre. Pero descubrimos la vida instintivamente, experimentamos su latido, su excitación, su atracción. La vida está aquí para ser vivida, disfrutada, sufrida y tolerada. Por lo tanto, debemos confiar en nosotros mismos y distinguir entre dos preguntas principales, aunque distintas. La primera es epistemológica y la segunda psicológica. Episte-

mológicamente, podemos preguntar, ¿podemos «demostrar» el principio básico de la moralidad humana, esto es, que la vida es valiosa?

Como su primer principio, el teísta adopta la creencia en un orden divino más allá de la confirmación o la prueba empírica, que es en último análisis un salto de fe. ¿Descansa el primer principio del humanismo en la misma base? Mi respuesta es no. Porque la vida es descubierta; es encontrada; es real. No necesita ninguna prueba para su existencia como una divinidad desconocida e invisible. La pregunta no es: ¿Existe la vida? Esto se sabe tan íntima y vigorosamente como cualquier cosa en nuestro universo de la experiencia. La cuestión más bien es normativa: ¿Debería existir la vida? Este primer principio no hace una afirmación descriptiva; es prescriptiva y directiva.

Hay diferentes clases de primeros principios. No todos son del mismo orden lógico, ni funcionan en la misma forma. Hay primeros principios que aseguran afirmaciones verdaderas acerca del universo: por ejemplo, las afirmaciones que Dios existe, que el determinismo es real, y que la dialéctica opera en la historia. Todos estos principios tienen que ser juzgados por los requerimientos de la evidencia y la lógica. Aquellos que no pueden proporcionar suficiente fundamento de apoyo fracasan. Un principio normativo, tan distinto de una afirmación descriptiva, es una guía para la conducta futura. No habla acerca del mundo en términos descriptivos o explicativos. Nos dictamina recomendaciones a seguir, valores que sostener, ideales por los cuales vivir.

Sin duda es verdad que los principios epistemológicos de la lógica deductiva, que proveen claridad en inferencia y pensamiento, y de la ciencia inductiva, que se aplican a los criterios para sopesar las afirmaciones de evidencia, funcionan en un sentido prescriptivamente; porque proveen guías para la claridad y la verdad. En último análisis se justifican pragmáticamente: ¿Ayudan al curso de la investigación? Pero todavía no son afirmaciones verdaderas del mismo orden como la afirmación de Dios; porque no están atribuyendo propiedades al mundo (Si el teísta estuviera deseando abandonar alguna afirmación descriptiva acerca del universo, entonces «Dios existe» sería un principio normativo, que indica los imperati-



vos morales para el hombre. Tal interpretación ética del teísmo no sufriría las objeciones que el sobrenaturalismo trascendental clásico ha sufrido. Entonces el asunto principal sería el status de sus principios morales y si son viables).

Las afirmaciones descriptivas teístas son malas respuestas a malas preguntas tales como; ¿Por qué en el universo en general debe existir materia orgánica? Esto no tiene más sentido que preguntar por qué existen las cosas en un mundo inanimado. «¿Por qué debería haber algo de todas formas en el universo?» es una pregunta sin sentido, aunque sin duda para la conciencia religiosa es profunda. La exigencia de una explicación del «ser en general» o por una respuesta al «enigma del universo» es inevitablemente esquiva, porque no hay tal cosa como el «ser en general». Hay una multiplicidad de seres de los que se puede decir que existen -objetos, organismos, personas-. Estas entidades se encuentran en la experiencia y pueden ser sometidas al análisis ya que tienen propiedades discernibles. La pregunta por qué existen con las propiedades que tienen, puede ser considerada científicamente; porque pueden ser explicadas en términos causales, ya que han evolucionado de la naturaleza condicionadas por leyes naturales.

Preguntar «¿por qué el ser en general?» es tanto infructífero como un sin sentido. Proponer a Dios como el fundamento supuesto del ser no avanza la investigación. Siempre podemos preguntar por que existe Él. Hay límites a la explicación genuina y ciertas clases de preguntas y respuestas están más allá de la esfera de la inteligibilidad. El universo es, de una manera distributiva; esto es, hay cosas particulares. Estas las podemos encontrar en la experiencia.

De modo similar, la pregunta «¿Por qué debe haber vida en general?» sólo puede ser tratada empíricamente. Cualquier respuesta sería en términos de conocidos principios físicos, químicos y biológicos. La vida llega a existir en nuestro sistema solar cuando ciertas condiciones físico-químicas estaban presentes.

A veces se plantea la pregunta «¿Por qué existo?» en momentos de desesperación existencial o en décadas recientes, debido a la amenaza de holocausto nuclear, «¿Por qué debe existir la especie humana?» o incluso todavía, en consideración de destrucción ecológica, «¿Por qué debe existir la vida en la tierra?». No tenemos ningun-

na garantía, por supuesto, que alguna forma de vida persistirá. Ciertamente hay alguna probabilidad que la vida en nuestro planeta pueda, en el futuro distante, llegar a extinguirse; esto se aplica a la especie humana también, a menos que por ingenuidad y atrevimiento el hombre pueda poblar otras regiones del universo. No hay ninguna garantía *a priori* de supervivencia eterna.

Sea que continúe o no la especie humana indefinidamente, no obstante, un individuo no puede vivir por siempre. Así que la pregunta «por qué» se aplica aquí muy adecuadamente. «¿Por qué debería vivir?», «¿puedo probar que mi vida es mejor que mi muerte?» preguntan el nihilista y el escéptico con humor desalentador. La respuesta debe darse aparentemente ahora. No se puede probar lo que debe hacerse; todas esas pruebas son deducidas. A partir de ciertas premisas asumidas, siguen las inferencias. Pero lo que está en cuestión es precisamente la premisa que la vida misma es valiosa; la vida es el origen de todo nuestro conocimiento y verdad. La «prueba» tampoco significa certeza empírica basada en la verificación, porque en el campo de la experiencia no hay certezas. En sentido estricto, que la vida es valiosa no es susceptible a una confirmación descriptiva; no es capaz de ser comprobada como lo son otras hipótesis. Más bien, es un postulado normativo sobre la base del cual vivo.

Entonces, hay una segunda pregunta -no la demanda epistemológica por la prueba del valor de la vida- sino la búsqueda por estímulo psicológico y atractivo emocional. Lo que está en cuestión aquí es si podemos encontrar dentro de la experiencia de la vida su propia recompensa. Muchas personas en tiempos de desesperación y derrota pierden el deseo de vivir y lloran en la oscuridad por seguridad que deberían continuar. ¿Podemos proveer el sustento que buscan? Seguramente que no, como he dicho, por medio de cualquier prueba lógica o empírica. Para estas personas la voluntad de vivir tiene su profunda fuente dentro de su naturaleza psicológica. Si está ausente, ¿qué podemos decir? ¿Significa esto que el valor de la vida es meramente preferencia irracional y capricho quijotesco? No, hay más que eso. Podemos dar razones e indicar los hechos examinados y las consecuencias al buscar persuadir a una persona desesperada a que no cometa suicidio. Podemos tratar de incitarle a una actitud afirmativa, esperando que la persona en-

contrará algunas características salvadoras que permanecen en la vida, al considerar las posibilidades: la belleza del amanecer y el atardecer, los placeres del comer y hacer el amor, los amigos, la música y la poesía.

La vida debe tener algunos atractivos y estimular algunos intereses. Pero, ¿qué si no lo hace? ¿Qué si el dolor y la pena son demasiado grandes? Porque para alguna gente la vida puede no ser valiosa de vivirse en cada contexto y a cualquier precio. En algunas situaciones, una persona sensible puede concluir que morir con dignidad es el único recurso. Un cáncer incurable acompañado de gran sufrimiento, siendo una carga para la familia, una traición de incalculable desgracia, la frustración de los propósitos más importantes de una persona, la muerte de un ser querido, una vida de esclavitud y tiranía -estas cosas pueden ser para algunos demasiado aplastantes y contundentes de soportar. El punto es, no es simplemente existencia biológica lo que buscamos; la medicina moderna mantiene a mucha gente con vida. Es la realización de la vida lo que queremos; si eso está completamente ausente, una salida heroica puede ser el único recurso. Puedo concluir que preferiría morir parado como un hombre libre que arrodillado como un esclavo o echado como un inválido sin interés o pasión.

El humanista no necesita responder al teísta o existencialista justificando la opinión que la vida es siempre valiosa de ser vivida, que la gente debe estar motivada para creer esto cuando no lo pueden hacer. No podemos hacer ninguna afirmación universal. Lo que podemos decir es que la mayoría de los seres humanos, en condiciones normales, encuentran la vida valiosa. Pero, reitero, no es simple vida a cualquier precio lo que los hombres y mujeres buscan, sino la vida buena, con experiencia significativa y satisfacción.

No es menos verdad que para el humanista el «pecado» cardinal es la muerte; la supervivencia es nuestra mayor obligación. La autodefensa contra las heridas o la muerte es una condición necesaria; tendemos naturalmente a desear preservarnos. La continuación de la vida continúa un imperativo enraizado en nuestra básica naturaleza animal. La vida parece vacía usualmente porque nuestras necesidades básicas están insatisfechas y nuestros más importantes deseos frustrados. Cuando el infortunio acontece a una persona y la

tristeza es su compañía, puede aun responder que, aunque la vida diaria puede parecer insoportable y aunque su espíritu puede parecer sofocado por los acontecimientos, sin embargo, no debe ceder; debe luchar por sobrevivir. ¿Por qué? De nuevo, no se puede «probar» este principio normativo para satisfacción de todos. Los seres vivos tienden instintivamente a conservarse y reproducir su propia especie. Este es un hecho primordial de la vida: es pre cognitivo y pre racional y está más allá de justificación última. Es un hecho brutal de nuestra naturaleza contingente; es un deseo instintivo de vivir.

### **La realización de la vida**

Hay, como acabo de indicar, otro principio normativo vital, concomitante con la voluntad de vivir; esto es, que buscamos, no simplemente vivir, sino vivir bien. Lo que queremos es una vida realizada en la cual haya satisfacción, logro, significado. ¿Qué es la vida buena? ¿Qué constituye la plenitud del ser? ¿Qué es la satisfacción significativa? Filósofos como Platón, Aristóteles, Spinoza, Bentham y Mill han reflexionado sobre la naturaleza de la vida buena, como lo han hecho los profetas, poetas, teólogos, jueces, psiquiatras -expertos y simples hombres por igual-. Los filósofos en el siglo XX han evitado cautelosamente la pregunta, porque han tenido miedo de cometer la así llamada falacia naturalista; esto es, de asumir que sus juicios de valor yacen en la naturaleza de las cosas -lo cual no es cierto-. Garantizados los peligros analíticos, es todavía importante que replanteemos la pregunta, porque la naturaleza de la vida buena es un interés perenne en cada cultura y en cada época. Incluso si hay peligro de que nos estamos comprometiendo simplemente en «definiciones persuasivas» de «bien» y «mal», es importante que en cada período se realicen algunos esfuerzos para redefinir las excelencias de la vida buena. Incluso si la vida moral no tiene que ser resuelta por la metafísica, la lógica o la ciencia sola, hay grados de racionalidad, y nuestros principios pueden instruirse por medio del análisis.

Por lo que podemos preguntar, ¿cuáles son las características de una vida bien vivida, al menos para el hombre contemporáneo?

Como dije, lo que la mayoría de los hombres busca no es simplemente la vida o la existencia vacía, sino la vida buena, lo que los filósofos usualmente han llamado «felicidad». Lo que precisamente es la felicidad, sin embargo, está abierto a discusión. No es una cualidad platónica ideal residente en la esencia del hombre o en el universo en general; es concreta, empírica y situacional en forma y en contenido. Es un concepto relativo a los individuos, sus necesidades e intereses únicos y para las culturas en las que actúan. Como tal, la felicidad está en constante necesidad de reformulación. Ni es esquivia ni inalcanzable como cree el teísta; es totalmente realizable si están presentes las condiciones apropiadas. Históricamente ha habido confusión si la felicidad se refiere a la eudemonía, la salud y el bienestar, a la paz y el contento, o al placer o al disfrute. Deseo usar el término en una forma algo diferente para designar un estado de realización del ser -una vida en la cual las cualidades de satisfacción y excelencia están presentes. ¿Qué -al menos en esbozo- supondría tal vida?

## **Placer**

El hedonista está en lo correcto cuando dice que una vida realizada debe contener disfrute y emoción. Es difícil realizar la vida si hay excesivo dolor o sufrimiento, particularmente por largos períodos de tiempo. Para vivir una vida realizada, se debe ser capaz de disfrutar un amplio campo de intereses y experiencias: comida deliciosa, buenas bebidas, amor sexual, aventura, logro, amigos, placeres intelectuales y estéticos, los disfrutes de la naturaleza y el ejercicio físico; y las experiencias de uno deben estar marcadas por un grado razonable de tranquilidad y un mínimo de ansiedad prolongada. Sin embargo, es un error identificar el placer con la vida realizada, como los hedonistas lo han hecho. Porque se pueden tener emociones hedonistas y, no obstante, sentirse miserable; se puede seguir el placer y sufrir una existencia mundana, reducida. El completo sensualista o consumidor de opio puede experimentar intensa excitación placentera, pero en estado de melancolía, dolor o aburrimiento. Aunque cantidades moderadas de placer parecerían ser una condición necesaria de la vida buena, el placer no es condi-

ción suficiente para la realización de la vida; el hedonista puede ser el más infeliz de los hombres.

Hay, por supuesto, muchas variedades de hedonismo. Hay, por ejemplo, hedonistas voluptuosos, que se revuelven de una sensación a otra en una intensa búsqueda por los placeres físicos. Pero el voluptuoso difícilmente encuentra la vida satisfactoria. ¿Llevaron Don Juan, Casanova o Alcibiades vidas realizadas? ¿La tienen el alcohólico, el glotón o el adicto? La búsqueda de nuevas emociones y el enfoque en lo inmediato enmascara inmediatamente una inseguridad e inestabilidad subyacentes; con frecuencia son signos de inmadurez e irresponsabilidad. Los niños gritan y demandan gratificación instantánea; los adultos aprenden de la experiencia que con frecuencia es más sabio diferir la gratificación. Los apetitos del voluptuoso por tocar y gustar constituyen un aspecto vital de la vida buena, pero seguramente no todo el ser ni todo el fin de la existencia humana.

Al reconocer que una vida así puede llevar a la ansiedad y el dolor, algunos hedonistas, como Epicuro, han predicado los placeres silenciosos, aconsejando el alejamiento de las preocupaciones del mundo para lograr un estado neutral de ataraxia. Buscan la paz del alma y la emancipación de la tensión. El hedonismo silencioso a menudo ha significado el abandono de la aventura de la vida. Un vaso de vino, un pedazo de queso, un jardín silencioso constituyen un universo cerrado. Los hedonistas estéticos, como Walter Pater, han puesto énfasis en el cultivo del gusto, especialmente el goce que se obtiene de las obras de arte. Pero este modelo es al final rebuscado, apropiado más para la clase ociosa que para los trabajadores. Otros hedonistas se centran en los placeres intelectuales, espirituales o religiosos. Sin embargo otros, como los utilitaristas, subrayan los placeres morales de la dedicación altruista -placeres que requieren desarrollo por medio de la educación, y competencia con los placeres físicos de la comida, la bebida, el sexo. Se pregunta con frecuencia: ¿Cuáles placeres son «superiores» en la escala de valores y cuáles son «inferiores»? Muchos moralistas consideran degradantes a los placeres biológicos y superiores a los placeres estéticos, intelectuales, morales y espirituales.

Los hedonistas han encontrado una permanente verdad acerca de la condición humana: sin algún tipo de placer la vida no sería valiosa de vivirse. Pero cometen un grave error al aislar el placer del proceso de vivir. El placer se entremezcla con la actividad vital y las diferentes clases de experiencia; lo que buscamos lograr en una vida realizada es una receptiva disposición vigorosa a las variedades de disfrute, como reconocieron Lucrecio y Goethe. Aristóteles observó que el placer es parte y parcela de la vida buena, que ayuda a completarla y llevarla a la madurez, pero que la persona que lo busca especialmente es probable que nunca lo encuentre. El placer debe acompañar y calificar ciertas actividades vitales fundamentales. Tampoco los placeres tienen que ser medidos cuantitativamente por un cálculo hedonista, como indicó Mill, sino juzgados cualitativamente. Los placeres de un ser humano desarrollado tienen un atractivo que los hedonistas infantiles son incapaces de apreciar. Regresando a nuestra pregunta anterior: ¿Qué placeres debemos preferir? ¿Los placeres biológicos básicos o los placeres desarrollados de un ser educado y sofisticado? Los esfuerzos de los moralistas por probar que los así llamados placeres «superiores» tienen una pretensión y cualidad intrínsecamente superior a los placeres «inferiores» me parece que fallan. Un bibliotecario que puede apreciar buenos libros, música fina y arte pero que no puede disfrutar del sexo no necesariamente está llevando una vida más completa que la doncella bucólica que no puede leer ni escribir pero que disfruta de las emociones del encanto sexual. Aunque debo conceder que la persona que sólo conoce placeres físicos y que nunca ha cultivado su sensibilidad está limitada en su esfera de apreciación. Pero es una exageración sostener, como lo hace Mill, que la gente educada, que ha probado tanto los así llamados placeres superiores e inferiores siempre prefiere los primeros. Si se llegara a elegir entre un orgasmo o una sonata, la mayoría de la gente que son honestas optaría por el primero. Mas no es realmente una cuestión de uno o lo otro; en una vida plena queremos ambos. Preguntar lo que finalmente debemos preferir -un abrazo o una hazaña moral, un filete o una sinfonía, un martini o un poema- es un sin sentido; los queremos todos.

## La satisfacción de nuestras necesidades básicas

Lograr la realización de la vida requiere alguna satisfacción de las necesidades básicas. Sin ella seremos presas del malestar; existen ciertas normas de salud que deben satisfacerse. Los más sabios de los hombres han reconocido que la salud es la más preciosa de las posesiones, más importante que las riquezas o la fama. Contingentes a nuestra naturaleza biológica o sociocultural están las necesidades o carencias que debemos reducir o satisfacer si hemos de lograr salud orgánica y física.

Nuestras necesidades básicas son de dos dimensiones: biogénicas, es decir, tienen orígenes y raíces biológicas y psicológicas; y sociogénicas, esto es, se manifiestan y tienen contenido a través de la sociedad y la cultura.

1. La necesidad primaria del organismo es, por supuesto, sobrevivir. Las amenazas al ambiente deben vencerse; las heridas deben evitarse. Los mecanismos biológicos naturales de autoprotección han evolucionado, totalmente simples en algunas especies pero complicados en la especie humana -un conjunto elaborado de estructuras que operan constantemente para preservar la integridad del organismo. El miedo a la muerte es el más profundo de los presagios humanos; es de esta fuente primaria, como he argumentado, del cual se nutren las religiones. El miedo tiene raíces profundas dentro de nuestra naturaleza somática. Asume profundas dimensiones psicológicas y sociológicas en la civilización. Donde la ley de la selva prevalece, cualquier forma de vida pacífica es imposible. La civilización es posible sólo porque proporciona seguridad y protección a los individuos. La vida no necesita ser peligrosa y breve; puede ser agradable y larga, pero sólo si el medio social lo garantiza.

2. Un requerimiento concomitante es la necesidad del organismo de mantenerse y funcionar biológicamente, logrando la homeostasis. Los requerimientos más simples son oxígeno, agua, abrigo. Ya que el ser humano ingiere materiales de su medio ambiente para sobrevivir, la lucha por la autopreservación depende de encontrar lo que hará la vida posible. El organismo tiende naturalmente hacia un estado de equilibrio; cualquier ruptura en él estimula actividad



contraria para restaurar el estado de armonía orgánica. Las instituciones sociales llegan a existir para servir a las necesidades básicas; la estructura económica de la sociedad, los métodos de producción y distribución, hacen disponible una variedad de bienes necesarios para sobrevivir.

**3.** Relacionadas a estas necesidades están las de desarrollo: óvulo y esperma, fertilización y feto, hacia el bebé, el niño y el adulto. En diferentes períodos de la vida surgen diferentes necesidades y capacidades. Cada estado de vida tiene sus dimensiones y expectativas: entusiasmo en la niñez, impetuosidad e idealismo en la juventud, la perspectiva de madurez, y las virtudes de la sabiduría o el mérito en la vejez.

**4.** La reproducción es esencial para las especies. La naturaleza recompensa a aquellos que toman parte del acto de la copulación, necesario para la reproducción sexual, por el intenso placer. Todo nuestro ser suspira por amar y ser amado, agarrar y ser agarrado, acariciar, abrazar, penetrar o ser penetrado, ser uno con el otro. El célibe encara un vacío que puede tratar de llenar pero nunca podrá. El mundo está incompleto para aquellos que sufren necesidad sexual, y ningún grado de sublimación o sustitución podrá compensarlos. Aunque la sexualidad instintivamente tiene una función reproductiva, ejerce una exigencia más poderosa en nosotros y juega un papel vital en la salud psicosomática. Muchos filósofos que han escrito acerca de la felicidad han pasado por alto la satisfacción sexual. La felicidad no es principalmente, como pensaban los griegos, un asunto de razón cognitiva; requiere una profunda y asentada satisfacción y ajuste psíquico. Freud nos ha hecho conscientes que ignoramos la sexualidad a nuestro riesgo. La infelicidad, la neurosis y la patología son producidas por la frustración y la represión sexuales.

**5.** La necesidad de descargar la energía excedente es otro requerimiento orgánico. Lo vemos más gráficamente en niños y animales, mientras retozan y juegan, pero también está presente en adultos. Necesitamos relajarnos y animarnos. La diversión y el entretenimiento, que nos liberan de las ansiedades y tensiones urbanas, son experiencias expresivas que dan una calidad especial a la vida. ¿Son sólo adornos? No, porque los organismos derraman las reservas

sobreabundantes; y el juego expresivo es una forma por medio de las cuales lo hacen. El excedente de energía también es liberado por el ejercicio físico y el trabajo; nos sentimos llenos de vida después del ejercicio, una caminata o nadar; es una necesidad expresiva que parece estar relacionada a la tendencia de lograr niveles de homeostasis y equilibrio. Las reservas de energía necesitan ser liberadas para el funcionamiento saludable.

Lo biogénico necesita aplicarse no sólo a todas las formas de la vida humana sino también a la vida animal. Pero el hombre no vive como un individuo aislado. La familia, el tribu, el clan -pequeñas y grandes formas de la sociedad- ayudan a satisfacer nuestras necesidades y satisfacen nuestros intereses. Nuestras necesidades sociogénicas nos ayudan a darnos cuenta de nuestras necesidades biológicas y les permiten desarrollar su propia primacía, pero la mera satisfacción de las necesidades biológicas no es suficiente para el hombre el hombre civilizado. La realización de la vida -su variedad y calidad -se relaciona siempre al contexto cultural en el que existimos, y si prosperamos o no depende de los materiales de la cultura con los que trabajamos.

Cada una de nuestras necesidades primarias es transformada y extendida por la cultura. El alimento y la bebida son necesarios para la supervivencia, pero sus refinamientos -inacabables recetas diversas, finuras de preparación, el cultivo del vino, composiciones sofisticadas, circunstancias apropiadas- todas son invenciones sociales condicionadas por nuestra cultura; y de esa manera nuestras necesidades son transformadas eventualmente por la complejidad. El mismo principio caracteriza la relación del sexo con la sociedad. Como una necesidad de supervivencia, su naturaleza se transfigura por las consideraciones del amor, por la pasión, por su significado en las costumbres cambiantes del matrimonio y el divorcio, por su práctica en formas desviadas, por su explotación como comercio -todas expresiones de conceptos culturales evolutivos-. De esa forma la biología y la cultura convergen en nosotros. Tanto la oportunidad y la casualidad hacen de nosotros lo que somos. El desafío para cada hombre, aunque está limitado por la cultura y el tiempo, es hacer lo que pueda de su vida, saborear su momento finito en la historia.

Hay muchos modelos de excelencia como hay individuos. Nunca podemos retroceder. Ya que el cambio cultural toma lugar rápidamente, siempre necesitamos remarcar lo que somos, vivir auténticamente mientras podamos. Dadas todas nuestras diferencias, hay necesidades generales sociogénicas, como hay biogénicas, que se aplican a todos los hombres y mujeres. Es útil tratar de explicarlas de modo sencillo. Aunque sin duda no están limitadas por nuestra cultura -otras culturas y otras épocas pueden rechazarlas -no obstante nos son pertinentes y tal vez a la mayoría de los pueblos y culturas.

6. Si la literatura y el arte, la psicología y la religión, y ciertamente toda la experiencia, nos enseñan algo, es el poder del amor en la vida humana. No hay duda acerca de su importancia central. Nadie puede vivir enteramente solo, sin el afecto de otros y sin ser capaz de ser recíproco.

El amor tiene dos raíces primordiales: una, en la dependencia de los menores, en la necesidad y afecto mutuos que se desarrolla a partir del cuidado de los padres del niño, y la otra en el estímulo y la atracción sexuales. Pero hay, por supuesto, otras dimensiones y niveles, todos revelan cuán dependientes somos de los otros; y nuestra propia autoimagen es definida por las respuestas de los otros hacia nosotros, como nosotros definimos las de ellos. Entre los momentos más bellos y duraderos de la vida están los que compartimos con otros. No es suficiente que recibamos amor o aprecio, necesitamos darlo. Querer sólo ser amado es infantil, posesivo, difícilmente conducente al desarrollo. Querer genuinamente que el ser amado prospere, estar interesado en los intereses del otro -esta es la perfección del amor humano: en los padres estar dispuestos a permitir que el hijo llegue a ser lo que quiera ser, seguir su propia visión de la verdad y el valor; y similarmente en el hombre o la mujer que, en consideración al amado, desea que él o ella sea un individuo completo. El amor recíproco no es necesario para la supervivencia, ni incluso para el disfrute sexual, pero su presencia siempre es un signo de una vida plena. A menos que se desarrollen relaciones mutuas y así se experimente los disfrutes de la vida, sea con el ser amado, los padres, un hijo, un amigo o un colega, el corazón de tiende a cerrarse, las raíces llegan a secarse.

7. Otra precondition para la vida buena, relacionada con el amor, es la habilidad para desarrollar un sentido generalizado de comunidad, ampliar los horizontes, pertenecer a algo. Muchos actualmente están alienados porque no han descubierto ninguna meta que puedan compartir con su prójimo. A lo largo de la historia de la humanidad, la familia extensa o la tribu, la villa o la ciudad, han sido capaces de sustentar esta necesidad. Ningún hombre que sea una isla encuentra la vida totalmente significativa. Durante el período feudal cada hombre tuvo su puesto y sus deberes, los cuales, aunque injustos para aquellos en la parte inferior de la jerarquía social, tendieron a dar un sentido de seguridad psicológica, alguna identidad. El hombre posmoderno tiende a estar desenraizado; raramente tiene una comunidad amada con la cual pueda identificarse. Incapaz de participar en metas comunes, se siente ajeno. Pertenecer a alguna comunidad en el pasado ha asegurado interacción en varios niveles. Un pequeño grupo en el cual había encuentros cara a cara fue el fundamento de las relaciones humanas. No obstante, tanto como la sociedad cambia y la población crece, tanto como las pequeñas unidades se funden y son absorbidas por las mayores, los hombres tienden a ampliar su sentido de comunidad y lealtad. La comunidad de uno puede incluir su estado o nación, religión o cultura; eventualmente puede referirse a la hermandad del hombre. La religión más superior<sup>XX</sup> ha intentado inculcar un compromiso moral universal a aquel punto de vista moral que trata a todos los hombres como iguales en dignidad y valor.

8. Hay un elemento importante en la búsqueda por el bienestar que las teorías religiosas y filosóficas con frecuencia han subestimado -la necesidad de autoafirmación, la necesidad de amarse a sí mismo. Esto es importante para nuestra salud como el amor de otros. No hablo de aquellos que, hinchados de orgullo, egocéntricos o egoístas, necesitan ser contenidos por consideración de la sociedad, sino de aquellos que tienen una estima demasiado pobre de su talento y valor y, por lo tanto, poco autorespeto. Ciertamente, son víctimas frecuentes del autodesprecio, aunque esté oculto de la conciencia, y asume diferentes formas en la desaprobación, el perfeccionismo, la timidez, el cuidado excesivo, o las formas extremas del ascetismo. Una forma de orgullo propio, que sea balanceado y

moderado, como indicó Aristóteles, es importante para nuestro bienestar, para reaccionar saludablemente a los desafíos diarios. Cada ser humano tiene algo en que contribuir, pero no puede hacerlo si encuentra poco valor en su propia individualidad.

**9.** Esto lleva a un elemento vital: la realización creativa. Los individuos necesitan más que satisfacer sus necesidades básicas; necesitan dar cumplimiento a sus potencialidades. Esto significa que debe haber un esfuerzo que rendir. A menos que este esfuerzo sea hecho, la plenitud de la vida no se realizará. El ideal de autorealización creativa es esencial para el concepto de felicidad que estoy delineando. Es la realización de las necesidades de mi especie básica, las que comparto con otros hombres, pero también está individualizada; expresa mi idiosincrasia y talentos únicos y personales. El mandato tengo que ser yo, no lo que los demás quisieran que sea. Debo expresar mi propia naturaleza en toda su variedad y crear algo nuevo.

Este un modelo activo de vida; nos llama a gastar energía, a realizar lo que podemos ser: no lo que somos; la naturaleza está en proceso de despliegue. No hay una naturaleza o esencia humana completa, estática que me defina y que simplemente necesito develar y lograr. Más bien, constantemente estoy siendo hecho y rehecho en los procesos dinámicos de crecimiento y descubrimiento.

Tengo ciertas capacidades innatas pero, bastante inestructuradas, pueden tomar variadas formas. La dirección que elijo depende del contexto cultural en que actúo también como de mis habilidades nativas. Actuar es traer algo nuevo a la existencia. La meta es la creatividad, la primavera de la vida.

La vida plena en último análisis no es una de contentamiento silencioso, sino el despliegue activo de mis poderes y de su desarrollo y expansión. La vida creativa envuelve exploración y curiosidad, descubrimiento e ingeniosidad, el deleite en descubrir e introducir la novedad. Esta vida es de avance atrevido; la motivación del logro domina. Aventurarse, experimentar -éstas son los deleites de los espíritus que continúan, que expresan y no socavan los poderes y las capacidades implícitas, y formulan o crean nuevas. Es natural lamentar una vida desperdiciada -un niño prodigio que se apaga, un talento único sin cultivar, una gran persona reducida por limita-

ciones- y aplaudir a una persona creativa, cualquiera que sea su tentativa o área de excelencia.

Tener éxito no es solamente esforzarse por los fines; más bien es excederlos. El modelo que estoy presentando es contrario a la búsqueda históricamente idealizada de un estado de eterna bienaventuranza. Se propone lograr el disfrute por medio de la completa participación en la vida, no necesariamente como es definido por la sociedad, sino como lo encuentra la búsqueda del individuo. Tal vez este acercamiento exuberante es una expresión de propensión cultural, incluso de gusto individual. Otras civilizaciones han enfatizado el valor de la meditación y el ejercicio espiritual. ¿Es la incesante búsqueda de logro simplemente ambición autoabastecedora? ¿Y esto no es posiblemente autoderrota? ¿No perdemos en el proceso frecuentemente la capacidad de apreciar la inmediatez de la experiencia? No como yo lo concibo. Este modelo creativo se regocija por el momento presente. No necesariamente envuelve una búsqueda por la aprobación pública; los individuos creativos frecuentemente deben ir en contra de los tiempos. La motivación por el logro se refiere a la ambición en términos muy personales: nuestro deseo de superar nuestra propia visión de lo que la vida puede proporcionar. El espíritu de contemplación, como el del celibato y el humor sacerdotal, si es sobreenfatizado, puede expresar temor, incluso neurosis, una renuncia a los desafíos de la vida. No desapruero la contemplación como parte de mi naturaleza, una fuente de disfrute intelectual y paz. Lo que estoy criticando es la noción que la vida contemplativa tiene que ser seguida para excluir a todo lo demás, y que esta es la forma superior de la santidad. Mi modelo del verdadero «santo» es el hombre prometeico, el creativo hacedor. La contracultura apunta apropiadamente a los valores falsos de la sociedad competitiva. La opción que encaramos, sin embargo, no hace necesario el retiro del ánimo vigoroso; porque lo podemos usar para nuestros propios fines.

### **Audacia, libertad y razón**

La capacidad de vivir una vida creativa involucra audacia, una característica determinante del hombre y la llave a su grandeza. La

vida audaz es una vida de tomar riesgos. La nobleza del hombre no es simplemente que pueda desarrollar el coraje de ser, sino de llegar a ser.

Existen los temerosos y los débiles -gente de poca imaginación y atrevimiento- que advierten que esto o aquello es absolutamente inalcanzable y que no puede hacerse. Pero el avance de la civilización es provocado por la decisión de no aceptar los clichés de la época, de no ser redactado en la naturaleza o enjaulado en la historia. El hombre como figura prometeica es atrevido y audaz. Existen las virtudes de los verdaderos héroes y genios de la historia, quienes nos han dado nuevas ideas e inventos, nuevas partidas en la verdad y la belleza; son inconformes con espíritus independientes.

Todos los seres humanos tienen alguna capacidad de autoactivarse, debido a que desean reconocer su libertad y apoderarse de ella, y no llegar a estar empantanados en limitaciones. Por esto no estoy asegurando que el determinismo sea falso. Estamos determinados por condiciones precedentes pero la vida orgánica expresa una forma de causalidad teleonómica. No hay contradicción en afirmar que somos tanto libres como condicionados, autónomos y determinados. El determinismo no es una generalización metafísica acerca del universo; simplemente es una regla que gobierna la investigación científica; presupone que si investigamos, descubriremos muy probablemente las condiciones causales bajo las cuales actuamos. No se necesita negar que la vida humana es autoafirmante ni que podemos crear metas y esforzarnos por lograrlas.

La persona libre es autónoma porque no está deseosa de perder su existencia en sucesos externos, sino que resuelve ella misma controlarlos. Actúa libremente tanto como puede, reconociendo no sólo los límites dentro de una situación, sino también las potencialidades. El hombre es posibilidad, un sistema abierto y dinámico donde se descubren y crean alternativas. Somos lo que queremos y podemos llegar a ser lo que soñamos. No todos nuestros sueños pueden convertirse en realidad -sólo un loco lo cree-, sin embargo, algunos pueden serlo, si son hechos bajo la razón y la experiencia y si se aplican a la realidad de la naturaleza.

Aunque cada uno de nosotros es único, todos encaramos un desafío similar para crear nuestro propio futuro; nuestras vidas son la suma de los proyectos a los que nos entregamos. Una vida plena implica visión artística y creación. La persona con una carrera que disfruta y encuentra recompensa es el más afortunado de los hombres especialmente si puede mezclar labor y acción, trabajo y juego, y puede convertir su trabajo en una total emanación de sí mismo, una expresión y una aventura. Nuestro trabajo de toda la vida no debe medirse sólo en relación a la tarea o la carrera, porque hay muchas fuentes significativas de creatividad: construir la casa, llegar a involucrarse en alguna causa, actuar en una obra, viajar -hay algunas formas de iniciativa en las que una personalidad puede expresarse en excelencia. La vida plena es psicológicamente abundante, arrolladora a más no poder, capaz de regocijarse en experiencias plenas.

Esto no quiere decir que la vida no tiene sus derrotas y fracasos. Nuestros planes más elaborados con frecuencia fallan. Nuestros seres amados mueren. Somos conscientes del colapso de los medios, los conflictos trágicos de los fines, el abandono de los planes, los momentos de desesperación. A menos que estos sucesos sean completamente arrolladores, una persona racional puede estar a la altura de las circunstancias. La persona creativa es capaz de alguna medida de sabiduría estoica.

La libertad humana, sin embargo, es más completa cuando nuestras acciones están determinadas por medios racionales. ¿Puede alguien irracional ser feliz? ¿La felicidad involucra básicamente satisfacción emocional? Los filósofos pensaron que la razón era la clave esencial para la vida buena. Sin duda habían sobreestimado la vida racional y habían subestimado las fuerzas más profundas de nuestra conducta somática e inconsciente. Los seres humanos pueden lograr contento sin desarrollar todas sus capacidades racionales; pueden llevar vidas agradables e incluso ser capaces de algún grado de creatividad. No obstante, quien no desarrolla su capacidad racional está pobre. Como la virgen que sufre privación sexual, tal persona es incapaz de funcionar completamente. La razón expresa y ha llegado a ser para la mayoría de seres humanos una crucial necesidad biosocial enraizada en nuestra historia cultural, necesaria si vamos a desarrollarnos totalmente como indivi-



duos. ¿Cómo y por qué? En un sentido negativo, porque es el método de superar el engaño. Los seres humanos, como hemos visto, todos son propensos a la credulidad, a valerse de falsos ídolos. Sin reflexión, nos convertimos en presas del charlatanería, mientras que la razón usa el análisis lógico y la evidencia para desenmascarar la falsedad y exponer el fraude. Como tal, es un instrumento de liberación y emancipación, una fuente de libertad de la ilusión.

En un sentido positivo, el impulso racional nos provee tanto de ciencia como de ética. La experiencia reflexiva tiene un papel doble: al desarrollar una conciencia y entendimiento del mundo externo y al formular los valores por los cuales vivimos. En la vida práctica la razón no puede existir independientemente de nuestra naturaleza pasional. La unión de pensamiento y sentimiento es esencial para la felicidad. La razón que está divorciada de sus raíces biológicas llega a ser abstracta y opresiva. La cognición que se funde con el afecto y el deseo en la experiencia vivida expresa a la persona en su totalidad. En último análisis, la inteligencia crítica es lo que mejor nos capacita para definir y desarrollar nuestros principios morales; y aunque la razón sola nunca es suficiente para realizar la vida, es una condición necesaria para su logro. ■

(Traducción por M. A. Paz y Miño y Víctor Montero de “The Meaning of Life” aparecido en *In Defense of Secular Humanism* por Paul Kurtz, Buffalo, NY: Prometheus Books, 1983, pp. 153-168).